

“Las dos Américas” de Carlos Fuentes¹. La tradición hispánica y la búsqueda del lugar común

Graciela M. Barbería
Universidad Nacional de Mar del Plata

...nuestra relación con España es tan conflictiva como la relación de España con ella misma: irresuelta a veces enmascarada, a veces resueltamente intolerable, maniquea, dividida entre el bien y el mal absoluto.

Carlos Fuentes, *El espejo enterrado*, 28

Cuestiones previas

Nuestro interés por la lectura de la última de las “novelas breves”² que forman el volumen *El naranjo* del mejicano Carlos Fuentes, intenta desentrañar el espesor de la escritura, a los efectos de mostrar algunos aspectos que el relato absorbe de los textos del pasado, en este caso los escritos por Cristóbal Colón, los interroga de acuerdo con el imaginario contemporáneo y los reescribe en el posquinquenio. Mediante un itinerario que instala un “mundo” plural, *LdA* interpela al lector desde el mismo espacio de su heterogeneidad y desplaza una primera mirada focalizada en establecer las múltiples relaciones intertextuales tanto con las “fuentes colombinas”³ como con los diversos y abundantes discursos críticos. Como en muchas de sus obras, Fuentes no presenta en *LdA* acciones encadenadas lógicamente una a la otra, sino que construye acciones rotas e interacciones que se unen siempre de nuevo, en un cambio perma-

¹ Carlos FUENTES, “Las dos Américas”, relato incluido en *El naranjo*. Madrid: Alfaguara, 1993. Todas las citas corresponden a esta edición. Usamos la sigla *LdA* seguida por el número de página. Observamos que en algunas ediciones y reseñas periodísticas el título se amplía: *El naranjo o los círculos del tiempo*. Algunas de estas observaciones se presentaron en mi ponencia “Multiculturalismo y sujeto de fronteras en *El Naranjo* de C. Fuentes”, *Actas del Vº Congreso de la Asociación Argentina de Hispanistas*. Córdoba-Argentina., 1999.

² Carlos Fuentes clasifica de esta manera a los relatos en la entrevista realizada por Jorge Halperin, “*Estamos mejor que en la época del boom*”, *Clarín*, julio 1993.

³ Cristóbal COLÓN. *Textos y documentos completos*. Prólogo y notas de Consuelo Varela. Madrid: Alianza Editorial, 1982.

nente y se asemejan a las construcciones variables de un caleidoscopio. Mezclando informaciones reales con la acción ficcional, marca a partir de la primera línea su desinterés por la cronología histórica y la vocación por destacar la *causalidad* de los acontecimientos políticos y sociales en el proceso cultural latinoamericano, razón por la cual los nexos textuales entre sus prácticas discursivas revelan también sus reflexiones sobre la lectura, la escritura, las fronteras entre los discursos a la vez que apuntalan no pocas claves de lectura.

Entre el escribir y el callar

Las primeras líneas de la novela reiteran la estrategia de selección que orienta el discurso de Fuentes, al elegir el tipo discursivo del diario para entrecruzar las diferentes etapas de Colón navegante, en una linealidad cronológicamente indiferenciada pero condensada en torno al viaje que se inicia el 3 de agosto de 1492, respaldado por los reyes Católicos. También el presente de las palabras iniciales aglutina todos los tiempos, en un presente histórico que registra desde las etapas anteriores a la larga travesía hasta el regreso a España en nuestros días: *En el vuelo de Iberia soy tratado como lo que soy, una reliquia ambulante, Cristóbal Colón que regresa a España después de quinientos años* (252). El relato despliega su ficción, jerarquizando el plano tempo-espacial como anclaje de privilegio y generando un ámbito con características dialógicas; a la vez que testimonia una serie de cuestiones que aluden tanto a los contrastes geoculturales entre América y Europa como al lugar de enunciación. Desde allí, el sujeto⁴ activa la estrategia del recuerdo e instala el espacio de la memoria según una doble vectorialidad: por una parte, la que se articula en torno al eje de “la escucha”, que actualiza las palabras de su madre durante el tiempo de la infancia, y por otra, la de “la mirada”⁵, puesto que el asombro ante la naturaleza antillana dispara el cotejo y la comparación entre el espacio del mundo del *ahora* con el de los puertos y las ciudades europeas del pasado.

El signo plural del título violenta la referencia histórica del descubrimiento e invierte el orden establecido por la historia oficial, al mismo tiempo que reabsorbe y entrecruza los textos colombinos, aunque privilegia la versión del *Diario del primer Viaje* para esta propuesta anticánónica y, al mismo tiempo, refiere a los “dos momentos” que es posible advertir en el relato: el que reescribe los sucesos acerca de la América encontrada por un Colón “solitario y naufrago”, y la América de nuestros días (1992), descubierta por el mercado global, la que — inscrita en el proceso de la mundialización comercial — desdibuja sus

⁴ En el trabajo usamos el término “sujeto” según lo plantea Francine MASIELLO: “El escritor procede a inventar una persona coherente dentro del texto creativo, destinada a ejercer un control inexorable sobre la cuestión del arte. Tal texto, produce un discurso de excepcional subjetividad por lo que el yo de la enunciación se define a través de su relación con los fenómenos que en él se nombran” (1986). Véase también Susana R. de RIVAROLA (1989), Jorge LOZANO, Cristina PEÑA, Gonzalo ABRIL (1989), CORNEJO POLAR (1995).

⁵ A partir de esta clasificación remitimos al trabajo de Gabriela TINEO, “Resonancias y claroscuridades en *El arpa y la sombra*” en M. SCARANO, M. MARINONE Y G. TINEO, *La reinención de la memoria*. Rosario, Argentina, Beatriz Viterbo Editora, 1997: pp.43-71.

fronteras geopolíticas y culturales. De manera tal que el sujeto trabaja en una zona de cruces y desde el presente, entreteje el pasado con el futuro e incluye elípticamente a los diferentes sujetos sociales contemporáneos: los trabajadores mejicanos, los balseros cubanos u otros grupos latinoamericanos que dejan sus lugares de origen para ingresar en la América anglosajona. a la vez que diseña otra territorialidad que tiene al migrante como agente principal. Esta situación, de quien vive entre dos culturas, muchas veces en conflicto, y cuya pertenencia no es ya a una sola nacionalidad sino a varias, atraviesa la mirada del sujeto para todo cuanto lo rodea y también ante su propia individualidad, razón por la que asume en el espacio discursivo la responsabilidad de todos los lugares de significación. De manera tal que las huellas de la subjetividad no sólo enmarcan los diferentes momentos del recuerdo actualizado, sino que modelizan transgresora y dinámicamente un ejercicio de descentramiento y rearmado de la tradición hipertextualizada e hipersemiotizada en torno a la imagen de Colón.. Según esta perspectiva, los fragmentos del diario señalan las coacciones internas del escritor y crean un lugar propicio para que el sujeto recorte y elija las palabras que, en un gesto con suficientes semejanzas, la letra estampa en las cartas tiradas al mar, dentro de una botella sin rumbo — lector — probable, donde se presenta y construye esa otra entidad geográfica e histórica que le es ajena — en el tiempo de escribir —, pero se desea preservar. Este trabajo de recorte y fragmentación que repite la operatoria seleccionada para el diseño total de la “novela”, mina el poder del texto legitimado por la tradición, resemantiza los signos y estalla favoreciendo una recepción múltiple.

En la misma línea de estas observaciones, prestamos particular atención a los mecanismos discursivos mediante los cuales el sujeto de la enunciación fisura la hegemonía de la letra en el contexto de la llegada de Europa a América, según lo planteado Martín Lienhard: *la conquista o toma de posesión no se apoya desde la perspectiva de sus actores en la superioridad política-militar de los europeos, sino en el prestigio y la eficacia casi mágica que ellos atribuyen a la escritura*⁶ y desjerarquiza la escritura colombina tanto como palabra asociada al concepto de *documento*, como en su veracidad histórica, ya que la voz autofirmada por el uso de la primera persona recupera los acontecimientos del pasado y los parodia en un acto que además transgrede lo que José Luis Romero llamó *la mentalidad fundadora*. Simultáneamente, desdibuja la presencia del intelectual en la linealidad discursiva, aunque algunas formas lexicales propias de nuestro tiempo insinúan su presencia entre las fisuras del recuerdo actualizado, por donde retorna en la búsqueda de las palabras para su propia historia.

⁶ Cfr. Martín LIENHARD, *La voz y su huella*. La Habana: Casa de las Américas, 1990.

El fragmento del *Diario* copiado por De las Casas y seleccionado para el epígrafe, transcribe una escritura cuya intencionalidad fue señalar lo sucedido frente a lo que se esperó que fuese. A partir del mismo, Fuentes revisa, reescribe y actualiza la voz de Colón y hace posible una otra historia, la de las lecturas impulsadas por el interés en problematizar el acto de nombrar y el lugar de enunciación. De manera tal que la reescritura del *Diario colombino* no es sólo la retransmisión de una noticia y de un proceso “de invención” (E. O’Gorman), sino fundamentalmente un ejercicio de *revisión* y *mostración* sobre los comienzos de la ciudad letrada (A. Rama 1984). Este ejercicio de lectura y reescritura del *Diario* traducido por Las Casas, cuya intención fue señalar lo que era frente a lo que se quería que fuese, también incluye el reposicionamiento de la mirada, el lugar desde donde se restablece el pasado colectivo y se diseña un texto alternativo que simultáneamente testimonia simbólica y oficialmente el proyecto político de la corona española, a la vez que lo refuta con una palabra desprendida de toda imposición y distanciada de *lo que la costumbre ordena hacer* (229). Este gesto de autodeterminación se entretiene con el imaginario colombino y en diálogo con las imágenes que incluyen a la naturaleza antillana, desde lo más amplio (el mar) hasta el límite interior del espacio transitable (la playa y la selva), hace que la escritura ingrese el ámbito de la utopía, el lugar en donde es posible construir otra vida “sin consecuencias”, al mismo tiempo que revisa el modo de historización: *Quería llegar al paraíso, y en el Edén no hay más riqueza que la desnudez... Acaso ése era mi verdadero sueño. Lo cumplí. Ahora debía protegerlo* (239). La descripción de las estrellas que lo guían durante la travesía oceánica, la transparencia del mar, la adaptación de las semillas del naranjo y los atributos edénicos del paisaje se confunden con la imagen de la escritura, ya que todos ellos ofician como espejos que refractan una semiosis múltiple, mediante un criterio de selección que actualiza lo ya realizado en Europa. *En Pontevedra dejé un archivo falso* (237). De esta manera, la letra se hace archivo, registra tanto lo claro (los fragmentos del *Diario*) como lo oscuro y desconocido (las cartas enviadas en la botella) y establece un ámbito de coexistencia, de libertad y de resguardo ante el poder hegemónico, con lo cual genera una zona de intertextualidad dentro de la textualidad, donde el impulso para escribir no está determinado por el asombro ante lo desconocido o la duda acerca de estar en el Paraíso sino por la voluntad de autodeterminación entre el hablar o el callar.

Estas peculiaridades organizan contrapuntísticamente la lectura-reescritura del diario según la doble vectorialidad a que referimos ini-

cialmente. Así resulta que mientras una de dichas líneas consigna lo que se “percibe” y lo estampa en el papel, la otra registra la escucha que el sujeto hace en relación con sus opciones, en y desde un presente transido de pasados mediante un ejercicio que conjuga todos los tiempos culturales. En este mismo sentido, el papel, la pluma y el tintero no son simples objetos ubicados junto con *los sombreros y abalorios* (256) traídos en el batel sino los materiales que posibilitan una geografía escritural, y al mismo tiempo problematizan la historia oficial a la vez que absorben el gesto productor del sujeto enmascarado en la voz colombina, en una serie de blancos que se corresponden con deliberados espacios de silencio. Esta violencia sobre la gramaticalidad del sistema asociada con la innovación para introducir el relato histórico y el afán puesto en reinventar quinientos años más tarde dicho acontecimiento, le permite al sujeto no sólo trabajar en la doble perspectiva aludida, sino indagar en la violencia encubierta ya presente en el inicio del viaje colombino y que permanece con diferentes máscaras hasta nuestros días. Las palabras se multiplican hasta recorrer definitivamente lo que se reconocía silenciado, reservado al espacio de la intimidad, y así develar e intensificar el doble movimiento imaginario que va de América a España y viceversa, para finalmente acudir a la autorrefutación: *no soy catalán, ni gallego, ni marroquí, ni genovés. Soy judío sefardí, cuya familia huyó de España, después de las persecuciones de siempre, una más, una de tantas, ni la primera ni la última* (240).⁷ Las sucesivas negaciones y afirmaciones confirman y religan al navegante con un tiempo colectivo histórico, sincrónico al de la empresa colombina, cuando la política española puso en movimiento los límites culturales dentro y fuera del continente. En este punto, la dualidad del título estalla y sus relaciones con los otros relatos del volumen que lo preceden se intensifican al dialogar con las diferentes matrices culturales desplazadas de los discursos hegemónicos e incluir otra historia silenciada, la de las dos Españas: una, la de los ancestros, la de la expulsión, la del ladino; la otra la de la apertura geopolítica, la que hizo posible el viaje, la de la lengua oficial, la del lugar recuperado a donde se espera volver.

En consecuencia, la escritura privilegia la zona de lo oculto y oficia como reactivo revisionista que, desde la blanca mansión de los naranjos, desjerarquiza el concepto de unidad indiferenciada y de tradición, al mismo tiempo que proyecta un texto híbrido y da una interpretación de la historia indisociable de las relaciones entre ambas orillas. Al develamiento del origen entretejido con la memoria de la escucha familiar, se le incorpora la plegaria escrita y rezada en voz baja⁸; a las imágenes de las ciudades, la llave de la casa ancestral de la “judería de Toledo”; al acto de escudriñar en la espesura del paisaje caribeño, el de

⁷ Acerca del origen judío de Colón existe una amplia y variada bibliografía. En este trabajo solo puntualizamos textualmente esta cuestión en tanto y en cuanto la misma nos permite abordar ciertos aspectos acerca de la reescritura del *Diario* en el marco de las relaciones multiculturales.

⁸ “*Madre España, has sido cruel con tus hijos israelitas. Nos has perseguido y expulsado. Hemos dejado atrás nuestras casas, nuestras tierras, nuestros recuerdos. Más a pesar de tu crueldad, te amamos España y a tí anhelamos regresar. Un día recibirás a tus hijos errantes, les abrirás los brazos, pedirás perdón, reconocerás nuestra fidelidad a tu tierra. Regresaremos a nuestras casas. Esta es la llave. Esta es la oración.*” (250). La oración se repite en distintas partes del relato y presenta modificaciones, lo que nos permite proponer otra línea de trabajo cifrada en la relación entre la voz/oralidad y la escritura.

plantar las semillas del naranjo. El árbol y su fruto ofician de lugar de convergencia entre la memoria y el olvido, entre el sujeto y los signos con que estampa su mirada desde los distintos lugares y con los distintos objetos que lo rodean, tanto en la soledad del paisaje antillano, como cuando la geografía se ha modificado por la acción urbanística japonesa, y cobra una diferente significación cultural. Así, mediante este ritmo peculiar entre lo dicho y lo borroneado, la letra indaga arqueológicamente entre los diferentes contextos y gradualmente restablece la cadena de los acontecimientos “otros”. Este trabajo recuperador del pasado se fisura cuando arriba la corporación japonesa: *Firmé más papeles que durante las capitulaciones de Santa Fe..... me hicieron ceder las playas de Antilla* (253). *Firmé aturcido los diversos contratos con expendio de pollo frito y aguas gaseosas, gasolineras, moteles...* (255). La violencia se filtra por todos los lugares y la voz del sujeto es absorbida por la palabra-acción de los que llegan y el proceso de modernización que expulsa hacia los márgenes a quienes no participan del nuevo orden. En este punto, la fragmentariedad no alude solamente, como en el *Diario del Almirante*, a un gesto básico ordenador del corpus colombino, sino que indica las notas convergentes de un proceso de mundialización cifrado en el desconocimiento del otro, a partir de lo cual se da la supresión.

Palabras finales

La escritura, distanciándose de las normas preestablecidas para el tipo discursivo del Diario, al desvincular la coordenada temporal entre las partes, *LdA* privilegia la estrategia del fragmento como mecanismo de ruptura y fusiona las múltiples clasificaciones que le puede dar el lector a este relato. A partir de los materiales desestimados por otros discursos, legitima otras instancias discursivas (el edicto de expulsión de los judíos, las tradiciones orales reservadas y custodiadas por el imaginario sefardita), de manera tal que la idea de texto único desaparece y la figura del intelectual como *traductor-descifrador* desplaza el concepto de *autor*. En este contexto, *LdA* entreteje la voz Colón presentado, contado y diseñado como integrante de la comunidad sefardita, con las palabras de uso coloquial y algunos de los interrogantes del intelectual mejicano formulados anteriormente: *¿Podemos ser sin España? ¿Puede España ser sin nosotros?*⁹. A partir del diálogo entre textos y voces, la escritura afirma la genealogía familiar del Almirante, históricamente debatida e incluye no sólo la cuestión de las dos Españas que coexisten en 1492, sino que amplía una primera zona de sentido, puesto que permite establecer una serie de homologías, de semejanzas y diferencias

⁹ Carlos FUENTES, *El espejo enterrado*, 1992.

con las dos Américas de fines de este milenio, a los efectos de repensar la relación centro-periferia.

Las preguntas de las primeras líneas resuenan en los fragmentos finales, cuando el regreso a España resulta irreversible y el extrañamiento ha sustituido a la mirada. La llave de la casa natal y la plegaria abren el futuro, donde es posible la convivencia entre las singularidades culturales y, mediante un acto de imaginación materializado por la letra, se impulsa la revisión de los modelos y el develamiento de una máscara que detrás del carnaval sustenta el avasallamiento y el habla de un imaginario que se anuda en torno a una representación dominante de la sociedad y el estado. Por esto *LdA* insiste en el carácter desaparejo de la historia de la modernidad que comienza *con el violento encuentro entre Europa y América a fines del siglo XV. porque de allí se sigue en ambos mundos, una radical reconstitución del universo* (Aníbal Quijano, 1988), mientras señala paródicamente de qué manera América latina es tanto víctima tardía como casi agente pasivo del proceso de modernización. A través del juego entre “censura” y actos de franqueza se intenta explicar la nueva situación en un movimiento recuperador de todas las versiones sin que ninguna sea definitiva. *La constante de este trasiego es el movimiento doloroso de los pueblos, la migración, la fuga, la esperanza, ayer, hoy.*

